

HISTORIA DE YUCATAN.

PARTE PRIMERA

HISTORIA ANTIGUA.



E. Chirona

*Agosto 5/1920
E. Periché &*

HISTORIA

DE

YUCATAN

*Agosto 5/1920
E. Periché &*

DESDE LA ÈPOCA MAS REMOTA

HASTA NUESTROS DIAS

POR

ELIGIO ANCONA

TOMO PRIMERO

MERIDA.

IMPRENTA DE MANUEL HEREDIA ARGÜELLES.

1878.

CAPITULO II.

1511—1519

Quiénes fueron los primeros españoles que aportaron á Yucatan.—Con qué motivo.—Desgraciada suerte que les cupo.—Gonzalo Guerrero y Gerónimo de Aguilar sobreviven á sus compañeros.—Aventuras de ámbos.—Yuelta del último á la vida civilizada.

El *Darien*, una de las primeras colonias establecidas por los españoles en el continente americano, fué desde su fundacion, teatro de los mas escandalosos sucesos. Los aventureros que la poblaban, se hallaban siempre divididos en bandos, que tenian por objeto alcanzar el gobierno de la provincia, medio el mas pronto y seguro de enriquecerse. Hácia el año de 1511, logró al fin triunfar de todos sus competidores, Vasco Nuñez de Balboa, el futuro descubridor del Pacífico, que ciertamente tenia un mérito sobresaliente para ocupar el alto puesto á que fué elevado. Pero como el último de sus enemigos acababa de embarcarse para la *Española*, donde aun podia hacerle la guerra, imaginó enviar á aquella isla un comisionado, que pudiera defender con celo su causa. Fijóse para esta importante mision en un regidor del Darien, llamado Valdivia, á quien confió documentos importantes y una fuerte suma de oro, ele-

mento muy indispensable entónces para mover cualquier asunto del Nuevo Mundo, por insignificante que fuese.

Valdivia se embarcó en una carabela, que llevaba veinte hombres, entre tripulantes y simples viajeros. La navegacion fué feliz hasta el momento en que se dió vista á la isla de Jamaica. Pero allí sobrevino una tempestad que arrojó á la pequeña nave sobre el peligroso banco de los *Alacranes*, donde se hizo pedazos. Los infelices náufragos no pudieron salvar ni sus víveres, y para no morir de inanicion en aquel inhospitario arrecife, se metieron todos en el bote, que por fortuna no habia recibido ningun detrimento, y se entregaron á merced de las olas con esperanzas de arribar á las costas de Cuba, que no creian muy lejanas. Vagaron trece dias por el mar, devorados por el hambre y por la sed, y sujetos á todo género de incomodidades. Siete de los viajeros no pudieron resistir á estos sufrimientos y terminaron sus dias en aquel mísero esquife. Los catorce restantes fueron á desembarcar, pálidos y extenuados, á la costa oriental de Yucatan, en las cercanías del Cabo Catoche, á donde los habian arrastrado las corrientes. Allí fueron asaltados por unos guerreros indios, que destruyeron el bote y los hicieron cautivos, sin que opusiesen ninguna resistencia. Parece que la aprehension se verificó en un pueblo llamado *Sima*, que en la actualidad ha desaparecido, y que los aprehensores fueron súbditos de un cacique, á quien se daba el nombre de *Kinich* (1).

Hemos dicho que en Yucatan las prisiones consistian en unas grandes jaulas de madera, y ya se comprenderá que los infelices náufragos fueron encerrados en estos incómodos alojamientos. A pesar de todo, su suerte les pareció mucho mas llevadera, no solo porque ya no veian próximo el peligro de ser devorados por las ondas, sino porque sus carceleros los

(1) Pedro Sánchez de Aguilar, Informe contra los idólatras de Yucatan.

proveian abundantemente de víveres, y comenzaban á recóbrar sus fuerzas perdidas.

Admirados de este tratamiento, estaban ya dispuestos á creer en un milagro de la providencia, cuando un horrible acontecimiento vino á disipar todas sus dudas. Un dia Valdivia y cuatro de sus compañeros que eran los mas robustos, fueron sacados de sus jaulas y conducidos á un templo cercano, donde los indios los sacrificaron á sus ídolos. En seguida se celebró un gran banquete, en que la carne de las víctimas fué servida, como el plato mas privilegiado.

Al dia siguiente, los cautivos que habian quedado con vida, apenas se atrevieron á gustar los alimentos, que segun costumbre, les sirvieron con abundancia. Los sustentaban bien para que engordasen y su carne fuese mas aceptable á los sanguinarios dioses de la tierra! Los desgraciados comprendieron al fin todo el horror de su situacion, y no sintiéndose con valor para correr la misma suerte que sus inmolados compatriotas, prefirieron otra clase de peligros. Rompieron una noche sus prisiones y corrieron á ocultarse en el bosque. Pero Yucatan era uno de los países mas poblados del Nuevo Mundo, y la existencia de los fugitivos no pudo ser ignorada por mucho tiempo. Cayeron otra vez en poder de los naturales y fueron llevados á la presencia de un cacique, llamado *Kin Cutz* (2). Este era enemigo del antiguo señor de los españoles y hasta cierto punto mas humano, porque se contentó con reducirlos á la esclavitud.

La clase de trabajo á que se les sujetó desde entónces, el rigor del clima, y mas que todo probablemente, la desesperacion de volver á la vida civilizada, produjeron un resultado tan funesto en los cautivos, que no tardaron en sucumbir, con excepcion de dos andaluces, llamado el uno Gonzalo Guerrero, y el otro Gerónimo de Aguilar. Tambien falleció poco tiempo despues

(2) Cogolludo, Historia de Yucatan, libro I, capitulo VII.

Kin Cutz, y los esclavos del difunto pasaron á la servidumbre del sucesor, á quien llamaremos *May*, á pesar de la variedad con que este nombre se halla escrito en los historiadores (3).

Guerrero y Aguilar eran dos caracteres enteramente distintos. El primero era un marinero del puerto de Palos, que en su trabajosa profesion, habia aprendido á luchar contra toda clase de obstáculos. Era robusto y emprendedor, y cuando se hubo convencido de que era poco ménos que imposible la vuelta á su risueña Andalucía, comenzó á pensar en un medio cualquiera, que aliviase su angustiada situacion. La fortuna, que no parecía haberle cerrado todas sus puertas, no tardó en presentarle una ocasion para alcanzar sus deseos.

Por motivos que se ignoran, *May* se deshizo de él y pasó á ser esclavo de *Nachamcan*, (4) cacique de la provincia de Chetemal. Guerrero solicitó desde los primeros dias servir en el ejército de su nuevo amo; y éste no puso ningun inconveniente en acceder á su peticion. No tardó en presentársele la ocasion de mostrar su esfuerzo, porque la multitud de reyescuelos que dominaban en la península, se despedazaban en continuas guerras, como ya hemos dicho; y fueron tales la habilidad y destreza que el español desplegó en el campo de batalla, que inmediatamente comenzó á cambiar su suerte de una manera notable. El cacique de Chetemal rompió sus cadenas y le confirió un mando elevado en el ejército. Animado con este primer éxito, Gonzalo redobló sus esfuerzos y osó levantar los ojos hasta la

(3) Washington Irving (en sus viajes y descubrimientos de los compañeros de Colon, artículo Valdivia) le llama *Tuzmar*. Cogolludo, (obra citada, libro I, capítulo VIII) le llama *Ahmay*, aunque dice que tambien se le daba el nombre de *Turmay*. Nosotros nos hemos decidido por el de *May*, ó *H-May* así por ser un nombre indígena de familia, muy conocido y extendido en el país, como por las razones apuntadas en el capítulo VI del libro I, nota 29 de esta obra.

(4) Tales al ménos el nombre que le dá Landa (Relacion de las cosas de Yucatan, § III, apud Brasseur). Es digno de notar que este es tambien el nombre del cacique de *Acanul*, con quien algunos años despues entabló Montejo algunas relaciones.

hija del hombre que le habia dado la libertad. La beldad maya, cautivada por la arrogante presencia del español y por el ruido que habian hecho sus hazañas, confió esta pasión á su padre, quien no opuso por fortuna la mas ligera objecion al matrimonio. El liberto ingresó con este motivo en la familia del cacique y pudo acariciar la esperanza de ocupar un dia el modesto trono de Chetemal.

El otro español que sobrevivió al rigor con que Kin Cutz trataba á sus cautivos, se llamaba, como hemos dicho, Gerónimo de Aguilar. Era natural de Ecija, en la provincia de Sevilla, y habia comenzado á educarse para el sacerdocio. Llegó hasta á ordenarse de Evangelio (5); y cuando parecia que no debia tener otro pensamiento que el de aspirar al presbiterado, ocurriósele un dia colgar la sotana y embarcarse en una nave, que se hacia á la vela para Santo Domingo. Desde allí tuvo la desgracia de pasar al Darien, y empleó muchos años de su vida en llorar este paso. En su largo cautiverio recordó su antigua vocacion, y se revistió de tanta humildad, que hacia sin replicar, no solo cuanto le mandaba su amo, sino cuanto le ordenaban los demas indios. A propósito de esto, refieren una anécdota los historiadores.

Divertíanse un dia varios guerreros en tirar con sus flechas á un perro, colocado en la extremidad de un palo muy elevado. Un personaje, cuya categoría no se cita, se acercó á Aguilar que se hallaba entre la concurrencia, y haciéndole notar la destreza de los tiradores que martirizaban al infeliz animal, metiéndole sus flechas en los ojos ó donde intentaban, le preguntó:—¿Crees que si te colocaran en lugar del perro, errarian sus tiros esos flecheros?—Tu esclavo soy, respondió humildemente Aguilar, y puedes disponer á tu voluntad de mi existencia; pero tu corazon

(5) Bernal Diaz del Castillo, Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España, capítulo XXIX.

es bueno y no creo que quieras perder á un pobre siervo, que puede servirte en lo que le mandes. Parece que esta prueba se hizo de acuerdo con May, quien se manifestó muy satisfecho de la respuesta del español (6).

Otra virtud no ménos difícil ilustró la penosa cautividad de Gerónimo. Huía de las mujeres y bajaba los ojos cuando las encontraba á su paso, no solo porque las órdenes sacerdotales que había recibido, le imponían la castidad, sino porque temía ser sacrificado por sus bárbaros señores, si le sorprendían en algun desliz amoroso. La continencia absoluta es una virtud, que por su poca conformidad con las leyes de la naturaleza, excita mas bien la incredulidad que la admiración. May sonreía cada vez que oía hablar de la castidad de Aguilar, y tal vez para dar al traste con esta reputación, que él creía usurpada, resolvió someterle á una prueba durísima, de que acaso habría salido con ménos gloria un anacoreta de la Tebaída.

Una jóven fresca, robusta é insinuante fué escogida para servir de instrumento en esta intriga. May llamó una tarde á su esclavo, y enseñándole á la jóven, le ordenó que ámbos se pudiesen inmediatamente en camino para un punto de la costa, que distaba dos leguas del cacicazgo: que á la madrugada del día siguiente se levantasen á pescar, y que procurasen estar de vuelta en las primeras horas de la mañana, á fin de que el pescado pudiese servirse en la comida. Aguilar cargó con una hamaca, que le dió el cacique, y se puso en camino, seguido de su bella compañera. Había ya entrado la noche cuando llegaron al término de su viaje. La jóven ató las dos extremidades de la hamaca á las ramas de un árbol, se acostó en ella, y notando que el esclavo se había retirado, le invitó á hacerla compañía. Gerónimo debió haberse encomendado en aquel instan-

(6) Cogolludo, obra citada, libro I, capítulo VIII.—Washington Irving, ubi supra.

te á todos los santos de su devocion, porque con una flema verdaderamente ascética, se puso á recoger algunas ramas secas, les prendió fuego y se acostó cerca de la lumbre, que mitigaba un tanto la frialdad de su lecho de arena. La muchacha puso inútilmente en juego todos los medios de seducción que la hora y la soledad le proporcionaban: el esclavo habia hecho voto de no mancharse con el contacto de una mujer idólatra, y la auro-ra del dia siguiente alumbró un triunfo, solamente igual al que salvó el honor de Putifar.

La heroína de esta anécdota contó á May con una especie de mortificación todo lo que habia pasado. El cacique se impresionó profundamente y depositó desde entónces toda su confianza en el esclavo. Le confió la administracion de su hacienda, y segun se asegura, hasta su pequeño serrallo.

No fueron estas pruebas los únicos méritos que Aguilar contrajo para con May. Como Gonzalo Guerrero, pidió tambien ser alistado en el ejército de su amo, y tambien como aquel, fué muy feliz en sus primeras campañas. Combatió á la vista de su señor, y éste no tuvo embarazo en confesar que le debia la victoria. La reputacion de Aguilar se difundió por una extension considerable del país, y los jefes de los cacicazgos circunvecinos comenzaron á envidiárselo á May. Pero como comprendieron que no habria querido deshacerse de él por ningun precio, resolvieron perderle.

La religion ha sido en todos los tiempos y en todos los países la primera capa de que ha echado mano el perverso para ocultar sus torcidas intenciones. Reuniéronse varios de aquellos envidiosos y mandaron á May una embajada, concebida poco mas ó ménos, en los términos siguientes: que los dioses pátrios estaban indignados de que hubiese armado á un extranjero infiel contra sus hermanos los mayas, y que la cólera divina no tardaria en estallar, si persistía en el sacrilegio de conservarle en su ejército. Pedíanle en tal virtud que les fuese

entregado el esclavo á fin de sacrificarle en el altar de *Kirchachauhaban*. May escuchó con orgulloso desden á los embajadores y les respondió con dignidad que no acostumbraba pagar de la manera que pretendían exigirle, los grandes servicios que le prestaban sus vasallos: que Aguilar le habia servido con tanto valor como fidelidad, y que sus dioses debian ser muy poderosos, puesto que habian concedido á su adepto las victorias que acababa de alcanzar.

Los confederados se indignaron con esta respuesta, y reuniendo entre todos un ejército numeroso, invadieron los dominios de su orgulloso vecino. La antigua entereza de May vaciló en tan crítico momento, y deseando consultar la voluntad de sus vasallos, reunió un consejo á que asistió tambien Aguilar. Algunos miembros de la junta se decidieron valerosamente por la guerra; pero otros propusieron que se aceptase la paz bajo las humillantes condiciones que proponian sus adversarios, y que se les entregase al extranjero, único motivo de aquel conflicto. Gerónimo creyó notar que su amo habia escuchado con indignacion este último consejo, y comprendiendo que su vida, conservada en medio de tantas dificultades, corria el peligro mayor de cuantos habia arrostrado hasta entónces, se expresó en los términos siguientes:

“En la guerra á que nos provocan los confederados, la justicia está de nuestra parte. Nuestro cacique no les ha inferido ninguna ofensa, y sin embargo se arman contra él. Mi Dios, que nunca puede permitir el triunfo de la iniquidad, me inspira lo que debemos hacer para alcanzar la victoria. Salgamos al campo en busca de nuestros adversarios: dividamos nuestro ejército en dos partes: yo me ocultaré con una en la espesura del bosque; la otra, que estará á las órdenes de mi valiente señor, fingirá huir á la vista del enemigo: éste le perseguirá, como es natural; yo saldré entónces de mi escondite, May se detendrá, y entre nuestras dos fuerzas cogéremos á los confedera-

dos, que creyéndose sitiados por un ejército numeroso, se desbandarán como pájaros.”

El estratajema era bastante sencillo; sin embargo, los súbditos de May lo hallaron muy ingenioso y lo adoptaron con calor. Salieron al campo, y luego que se avistaron los dos ejércitos, Aguilar que hablaba ya con perfección el idioma maya, pronunció una breve arenga para animar á sus compañeros, y se ocultó entre la espesura. Acometieron los confederados, May retrocedió un buen espacio, aparecieron los ocultos, y aquellos, sintiéndose heridos por el frente y por la espalda, buscaron en la fuga su salvación.

A pesar de estos servicios prestados á su amo, Aguilar quedó siempre reducido á su condición de esclavo. Méenos audaz que su compatriota Gonzalo Guerrero, imposibilitado de contraer matrimonio por las órdenes sagradas que había recibido, y con la mente siempre fija en la esperanza que abrigaba de volver un día á la vida civilizada, aquel hombre, mitad eclesiástico y mitad soldado, nunca intentó siquiera salir de su humilde condición, temeroso acaso de que le costase la vida, el primer paso que diese para romper sus cadenas.

Un día la vida del esclavo recibió una conmoción extraordinaria. Esparcióse por toda la tierra el confuso rumor de que estaban desembarcando en la costa unos hombres blancos y barbados, que habían venido en canoas de grandes dimensiones. El corazón de Aguilar latió de alegría, porque comprendió que se trataba de sus compatriotas, los cuales sin duda acababan de descubrir la tierra de los mayas. Pero ay! cuando todavía se entretenía en discurrir un medio para salirles al encuentro, llegó la infausta noticia de que los extranjeros habían vuelto á embarcarse y desaparecido (7).

(7) Estos españoles debieron ser los que en 1517 desembarcaron en Cabe Catoche al mando de Francisco Hernández de Córdova. Bernal Diaz (obra citada, capítulo XXIX) y Cogolludo acusan á Gonzalo Guerrero de no haber observado

Aguilar suspiró profundamente y volvió sin murmurar á sus penosas tareas. Al cabo de dos años y cuando comenzaba ya á desesperar de la vuelta de sus compatriotas, presentáronsele repentinamente dos indios, que con mucha cautela le entregaron una carta, la cual habian traído envuelta entre sus cabellos (8), acaso por un exceso de precaucion. El corazon del esclavo debió haberse estremecido de alegría al simple contacto de aquel papel, que no podia ménos que ser de procedencia europea. Lo abrió temblando de emocion y halló que decia así:

“Señores y hermanos: aquí en Cozumel he sabido que estais “en poder de un cacique detenidos: yo os pido por merced “que luego os vengais aquí en Cozumel, que para ello envió un “navío con soldados, si los hubiéredes menester, y rescate para “dar á esos indios con quienes estais; y lleva el navío de plazo “ocho dias para os aguardar: veníos con toda brevedad: de mí “seréis bien mirados y aprovechados. Yo quedo aquí en esta “isla con quinientos soldados y once navíos: en ellos voy, me- “diante Dios, la vía de un pueblo que se dice Tabascoó Poton- “chan &c.” (9).

Aguilar quiso saber pormenores de los mensajeros, y éstos le dijeron que sus compatriotas que estaban en la isla, habian llegado hacia pocos dias, y que sabiendo que habia hombres blancos cautivos en el continente, habian dado á los que hablaban unos objetos para pagar su rescate. Estos objetos eran

una conducta patriótica, como la de Aguilar. Dicen que Gonzalo fué el que aconsejó á los mayas la guerra que hicieron á los castellanos en Catoche y aun creen que se halló entre los combatientes. Cogolludo (obra citada, libro I, capítulo VIII) le acusa además de haber enseñado á pelear á los indios, por cuya causa cree que los hallaron tan bravos los conquistadores de esta península. Ningun otro historiador hace mencion de estas circunstancias.

(8) Landa, obra citada, § IV.

(9) Hemos copiado textualmente la carta de Bernal Diaz (obra citada, capítulo XXVII), á cuya presencia la escribió Hernan Cortés, temerosos de despojar á la historia, de la menor palabra que le pertenezca.

unas cuentas de vidrio, que Aguilar recibió con extraordinaria alegría, y corrió con ellas á buscar á su amo. No parece que May haya puesto ningun obstáculo á los deseos de su esclavo: aceptó el rescate y le dió licencia para irse donde quisiera (10).

Gerónimo no era egoísta: no quiso disfrutar solo de la felicidad de volver con sus compatriotas, y á pesar de la distancia que le separaba de Gonzalo Guerrero, corrió á Chetemal á buscarle. El antiguo marinero de Palos se habia amoldado por completo á las costumbres de su patria adoptiva. Tenia labrada la cara: se habia horadado las orejas, la nariz y el labio inferior, de que colgaban ricos pendientes; y todo su cuerpo estaba marcado con los símbolos indelebles de su profesion. Se hallaba tan cambiado, que su compañero de cautividad estuvo á punto de no reconocerle. Expúsole, no obstante, el objeto de su venida, le leyó la carta de Cozumel, le enseñó las cuentas de vidrio que habian traído los mensajeros y le invitó á que le siguiese. Pero Gonzalo opuso el obstáculo insuperable de que tenia una esposa y tres hijos, á quienes adoraba como á las niñas de sus ojos: añadió que los castellanos se reirian de él al verle llegar á su campamento, hecho todo un salvaje, y concluyó diciendo que su posicion era bastante elevada en Chetemal para que pudiera quejarse de su suerte. Aguilar se escandalizó al oír esta respuesta, y con ese fervor religioso tan propio de su carácter sacerdotal y de la época en que vivia, reprendió á su compatriota de que quisiese *perder su alma por una india*. Gonzalo replió que habia unido su suerte á esta india, que habian procreado tres hijos y que tenia obligacion de permanecer en el seno de su familia. Aguilar se ablandó entónces y le dijo que si tanto queria á su mujer é hijos, podia llevarlos consigo. Pero todas sus instancias fueron inútiles: Guerrero ama-

(10) Bernal Díaz, ubi supra. Otros historiadores dicen que Aguilar para conseguir su libertad, tuvo que ocurrir á varios estratagemas, y aun á ofrecer la poderosa amistad de los hombres blancos.

ba mucho su hogar y no quiso trocar su calidad de príncipe maya por la de un oscuro aventurero, que vá todavía en busca de la fortuna. La esposa de éste se presentó repentinamente en la pieza donde tenia lugar esta entrevista, y adivinando el asunto de que se trataba, llenó de improperios al que creia todavía esclavo de May, y le echó de su casa.

Aguilar salió desesperado de Chetemal y corrió al cabo Catoche. Pero su deseo de llevarse consigo á Guerrero le habia hecho perder mucho tiempo, y los navíos de que hablaba la carta, habian desaparecido. ¡Cómo debió haberse oprimido con este golpe el corazon del pobre cautivo! ¡Cuánto debió de haber acusado á la fortuna, que no parecia cansada de perseguirle!

Pero sus padecimientos debian tener pronto un término feliz, porque poco tiempo despues supo que los españoles habian vuelto á Cozumel. Corrió entónces á la costa, fletó una canoa de seis remos con las cuentas de vidrio que le quedaban, y se hizo conducir á la isla.

